

sonriente mirada de los funcionarios pakistanís, que no acaban de comprender nuestras prisas. La desilusión y las diarreas hacen presa de toda la expedición. Al fin, la única medicina válida, la curación mágica para todo: el permiso definitivo del Gobierno para escalar el Tirich Mir IV. No esperamos más. Esa misma noche, 19 de julio, salimos hacia el Norte.

EN BUSCA DE OXIGENO

Llegamos a Dir al atardecer del día siguiente. Estamos cansados y nos metemos en el primer «hotel». Noche monzónica. La lluvia tiene un canto ruidoso y agresivo que nos inquieta a todos. Acostumbrados a la mansedumbre de nuestro sirimiri, esta forma de golpear los tejados, el suelo, la tierra, como queriéndolo horadar todo, meterse en todas partes, nos hace acurrucarnos más en nuestros sacos. ¿Qué pasará mañana? ¿Seguirá lloviendo? ¿Nos tendremos que empezar a detener aquí, a las puertas de nuestra montaña?... Preocupaciones, recuerdos, sueño, lluvia...

El día siguiente amanece radiante y en 4 pequeños «Jeeps» alquilados salimos hacia Chitral 100 kilómetros más al Norte. Diez horas para un trayecto de 100 kilómetros no es precisamente un récord de velocidad, pero, teniendo en cuenta el trazado de las pistas, no se puede pedir más. Es ya de noche en Chitral y nos encaminamos a uno de los hoteles en donde, esta vez, podremos ducharnos.

Amanece, y en el fondo del horizonte hay un águila inmensa de hielo y granito: es el Tirich Mir, que al fin se deja ver en toda su inmensidad. Otra gran razón para seguir adelante. Otras 8 horas a lo largo de 80 kilómetros nos colocan en Mulkoh, fin del trayecto. Gente entre divertida y extrañada. Niños que nos regalan albaricoques. Todas las estrellas del mundo han salido a recibirnos. Mañana empezaremos los tratos con los porteadores, pero esta noche hay un ambiente general de alegría y satisfacción.

Los porteadores son el fantasma de toda expedición, incluso antes de salir. Se sabe de sus huelgas, sus plantas, de sus exigencias desorbitantes que han llegado a arruinar expediciones antes del campo base. Nosotros tampoco somos la excepción. Un día entero de discusiones y regateos no nos conduce a nada.

Al fin, claudicamos. El tiempo es para nosotros cada vez más precioso. Con un precio tres veces superior a la cantidad máxima establecida por el Gobierno, salimos con 60 porteadores hacia el campo base. Cinco días más y estaríamos solos con nuestra montaña, libres ya de escollos, de preocupaciones, de dudas que nos han venido asediando desde que nos fuimos de Bilbao. Solos, para calzarnos las botas y hacer lo que hemos venido a hacer, sin burocracias, sin regateos, sin problemas fronterizos. Desde ahora el éxito o el fracaso será sólo nuestro.

28 DE JULIO. — Un ligero rellano al borde del glaciar. Un hilillo de agua saliendo de la tierra. Babou Kapoun, nuestro campo base.

HACIA LA LUZ

29 DE JULIO. — Parecemos críos. Esto por aquí, aquello por allá. Clavos de hielo, de roca, butano, propano, galletas, raciones, patatas, cepillos linternas, chorizos, grasa, termómetros, estacas, estribos, pantalones, latas, guantes, esponjas... Monumental desmadre que organizamos como críos que construyen sus piezas del mecano o su futuro. Día de descanso, ¡ja!, trabajamos de sol a sol.

De vez en cuando miro de reojo a los Tirich Mir Norte. Son inmensos. Jamás conocí nada mayor. Luego ya los puedo mirar de frente. Son tan grandes que podría introducirme en sus entrañas y nunca acabarían de llenarme, de saciarme. La solución es clara: tengo que fundirme con las montañas, tengo que pensar, sentir, vivir como ellas para estar a su nivel y entonces poder gozar de ellas sin prejuicios ni miedos. En esta dualidad montaña-individuo, nada externo parece afectarme. Todo lo pasado, lo de fuera o atrás, lo de siempre o cotidiano, no me sirve. Será una droga, llegado el momento, capaz de exprimirse hasta los sesos, de convertir mi vida en una pesadilla interminable, pero que no quiero que se acabe. ...¿los plásticos? ¡jea, acá! ¿O no hay que prepararlo todo?

El glaciar superior del Tirich Mir es alucinante. Si sus rayos de oro son capaces de quemarme de día, si sus raíces heladas de congelarme de noche, nos ha proporcionado en cambio el camino hacia la luz. Ya estamos penetrados con él: campos I, II y III, eternos



En el valle de Chitral.

sufrimientos hacia la luz, siempre hacia la luz, coagulando maravillosamente los cerebros descalificando los espíritus, automatizando los cuerpos en una compenetración tan perfecta que sólo puede llevarnos hacia la cumbre... Porque ya somos el resultado de esa fusión tan irrealmente absurda y eficaz. Y una vez integrados en ese «todo» del que somos parte, ¿qué podemos temer?

11 DE AGOSTO. — Estoy aquí. Estoy en mis Pirineos, pero no se lo digo a nadie. Me encuentro torpe, torpe, torpe, pero en mis Pirineos... y nadie lo sabe, aunque cada uno lo sepa individualmente. Hoy duermo por primera vez en mi vida a más de 6.000 metros. Todavía estaré 13 noches seguidas más, aunque ahora no lo sé. Siempre ha sido ese futuro incierto lo que más me ha atormentado y lo que ahora me atormenta. No, no duermo solo, sino con las otras piezas de esta diminuta parte que quiere comulgar únicamente con un pedazo de roca helada. Me encuentro totalmente atado, retenido, hasta amordazado, pero a mi gusto, y jamás tuvo mi espíritu tantas ganas de yacer en un solar, en una parcela de la que

formo parte y de la que a veces creo que ha sido engendrada por mí.

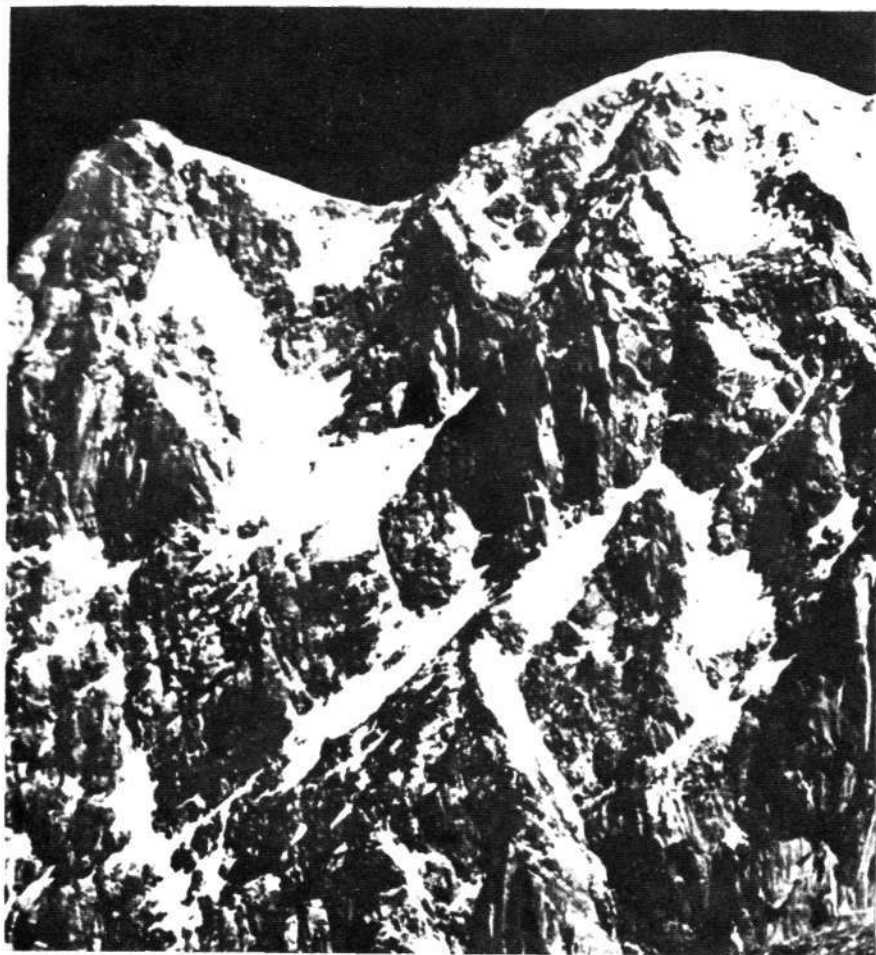
Las nubes, preciosas, sueltas, fluctuantes en este ansiado vacío, vibran en mis sentidos y descargan con furia la nieve. Saben, igual que yo, que no nos van a estropear la fiesta. ¿Por qué?... Porque la fiesta es inestropeable, indestructible, intocable. Sí, eso sí, intenta engañarnos, pero ya estamos embebidos de esa fuerza misteriosa que nos llama y a la que nos hemos entregado. El maldito cuerpo, siempre quejumbroso, es la parte débil de esta comunión. Quiere beber, nunca sacia su sed. Quiere dormir, quiere comer, no sabe lo que quiere, siempre quiere, siempre protesta. Pero sus primarias reacciones son fáciles de silenciar porque sólo constituyen la parte externa, superflua e irritantemente inútil de la máquina total, imposible de parar. El cuerpo, pues, se ha de sacrificar; es su papel: sacrificarse y gastarse hasta el final, ya que no tiene otra función.

12 DE AGOSTO. — Con el aire ciertamente enrarecido mis manos tocan por primera vez esa roca tan familiar, el frío granito que nos va a llevar a la luz. No es más que una oe-



Componentes de la expedición. De izquierda a derecha:

ÍÑAKI ALVAREZ MENDIETA, **Alimentación.**
RICARDO ALEA GOITIA, **Fotografía y Cine.**
FRANCISCO ASIS CHAVARRI YBARRA, **Director técnico.**
JOSE LUIS ALVAREZ MENDIETA, **Alimentación.**
JAVIER POZA GALDOS, **Documentación, trámites burocráticos.**
BENJAMIN MANCEBO ALCALDE, **Jefe de expedición.**
MIGUEL ANGEL ALONSO MERINO, **Viajes.**
MOHAMED SERWAR, **Oficial de enlace, Capitán de Artillería.**
AGUSTIN CASTELLS CARRILLO, **Botiquín.**
ERNESTO FONQUERNIE CALLE, **Botiquín.**
NADIR KHAN, **Cocinero del Oficial de enlace.**
ABDUL RAHMAN, **Porteador de altura durante unos días.**



Cara SW. del Tirich Mir IV con la vía abierta por la Expedición Vasca.

queña parte del recorrido que hay que olvidar y dejar atrás, pero que, a pesar de todo, nos hace pensar, sufrir y experimentar el placer de su superación. Es el primer día que escalamos. Lo hacemos rápido, ligero, corremos-volamos por los canales y las fisuras. Todo es increíblemente sencillo ¡a 6.300 metros!, porque estamos en nuestros Pirineos. III^o, IV^o, V^o. La unidad es absoluta y de no ser por el asqueroso cuerpo que, de repente ha comenzado a frenarnos con el frío del atardecer, hubiéramos seguido y seguido, hasta llegar a nuestra meta. El descenso de la pared es siempre desolador. Nos aleja. Las nubes y la nieve se aprovechan entonces de la situación, castigan nuestros miembros y pretenden desmoralizarnos. Llega la noche. Un alto en el camino. Hay que

dejar reposar el espíritu para que tome conciencia de sus actos, para que encuentre su sitio en la inmensidad de la montaña, pues, ¡jojo!, ésta siempre será grande para él. Siempre le avasallará y le sobrepasará en todos los aspectos.

13, 14... 19, 20 DE AGOSTO. — Siguen los días. ¡Qué locura! ¿Por qué no usar estribos a 6.400 metros? ¿No estamos en los Pirineos?... Hecho.

Enviciados, espantosamente despiadados, seguimos inexorablemente en este extraño caminar, en el que ya no tenemos nada que perder. Campo IV, 6.450, una tienda de dos plazas. No cabe nada más, ni más poseemos, ni nos hace falta. Campo V, 6.650 metros, una tela de vivac de color rojo, de un color tan intenso como



Campo base a 4.700 metros.

intensos serán los momentos de la cordada que pase aquí la última noche antes del asalto definitivo. En esa tienda sólo se puede intentar: dormir sentado, aunque ¡podía haber sido peor! Es el juego, muy serio, pero juego, interminable, eso sí...

Siempre poniendo cuerdas. Ellas marcan un camino muy firme y seguro. ¡La luz espera! Nos han ayudado a llegar hasta los 7.000 metros. La sensación de cercanía, la mayor densidad del brillo aumentan nuestra afectividad nerviosa y esclarecen en nosotros lunáticos deseos, aunque tal resplandor desorganice nuestra forma de proceder e intente desarticularnos románticamente.

21 DE AGOSTO. — Dos personas han resultado elegidas elementos materiales del momento culminante. Será el punto final a la osadía y el respeto aunados. Todos sabemos que nos hemos entregado para que este momento llegara y que se va a encender una vela en nuestras mentes, eterna y perpetua, que incluso puede marcarnos el sentido de nuestra vida posterior.

LA LUZ Y LA MUERTE

Son las 3 de la mañana del 22 de AGOSTO. El termómetro marca los 30° bajo cero. Siento ganas de dar media vuelta y meterme en el saco, pero veo a Ernesto colocarse los crampones y hago lo mismo. Sé que estos primeros momentos son los peores, y cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

Las cuerdas fijas nos facilitan mucho las cosas. De una manera mecánica vamos subiendo poco a poco. Casi no hablamos. De vez en cuando hay que parar, las mochilas son muy pesadas. A las 8 de la mañana alcanzamos la última cuerda fija, a 7.000 metros de altura. Ahora es cuando la máxima dificultad se nos presenta. Encima tenemos unas gradas rocosas de 150 metros de altura. Si conseguimos pasarlas, lógicamente el llegar a la cumbre no nos ofrecerá ningún problema.

Comienzo a escalar por unas fisuras muy verticales. La dificultad me parece muy grande. El esfuerzo que realizo se me hace inmenso..., el tiempo pasa más rápido de lo que yo creo y Ernesto se impacienta. Por fin, monto la reu-



El glaciar en la ruta del Campo I:

nión y animo a Ernesto a seguirme. Lleva la mochila más pesada para que abra yo el camino, y sufre mucho por ello...

Otro largo difícil en roca y un péndulo de dos metros a la izquierda nos ponen en una inclinada pendiente de hielo, que tendremos que superar. Seguimos escalando. Las horas parecen minutos. Estamos seguros de que ya nada nos podrá parar, camino de la cumbre...

Sobre nosotros, veinte metros a la izquierda, una placa lisa tapizada de hielo, de unos 15 metros, parece que es la única solución para salir de este muro. Luego, un pequeño canalón de nieve sale directamente a las palas superiores del collado final... Me dirijo a la

placa y con las puntas de los crampones voy subiendo lentamente. En unos sitios la roca está limpia y me puedo sujetar; en otros, la fina película de hielo se rompe al poner los crampones sobre ella. Con mucho cuidado, subo un metros, dos, tres, cinco... pero el equilibrio se ha roto y en décimas de segundo me veo por los aires. El golpe ha sido brutal ¡Habrá que buscar otro sitio!

Hacia las 6 de la tarde, hundidos hasta las rodillas en la nieve, conseguimos llegar hasta la parte superior del collado. La cumbre prácticamente ha caído, pero es muy tarde. Vamos a vivaquear.

La noche es intensamente fría, pero el equipo que tanto nos ha costado subir nos va a ayudar a soportarla. ¡7.200 metros! El sueño que durante tanto tiempo ha sido una obsesión va a dejar de serlo. Es ahora algo palpable...

Casi diez horas a solas con nuestro pensamiento. Y con esos compañeros que están ahora al pie de la pared, ¡que están aquí, todos, vivaqueando con nosotros!, sin poder ver cumplido un sueño, para que lo vivamos nosotros. Mañana va a ser un día importante. ¡Vamos a lograr la cumbre!

23 DE AGOSTO DE 1976. — Una pequeña ondulación de nieve blanda, otra, otra... ¡Parece que nunca se acaba! Ya falta muy poco... Las 8 de la mañana Ernesto llega a la cumbre. Yo espero, aunque estoy a cinco pasos tengo que descansar un buen rato. Quisiera precipitarme hasta él pero no puedo... ¡7.338 metros! Yo también estoy en la cumbre. Por encima, el cielo azul. Hace sol. Con nuestras chaquetas de pluma se está muy bien aquí, tumbados sobre unas lajas de granito. ¡Somos los lagartos del Tirich Mir IV! En unos minutos no hablamos, ni vemos, ni oímos, ni nada. Apenas tenemos conciencia de dónde estamos... Luego la máquina se dispara continuamente.

—¿Ya nos verán desde abajo?

—¡Mira, el espolón norte del Tirich Mir III, ¿estarán en su cumbre los franceses?

—¡Aquello debe ser el Nanga Parbat!...

Después de pasar un buen rato en la cumbre iniciamos el descenso. No quisiéramos marchar tan pronto, pero no nos queda otro remedio. Además, la cumbre también está allí abajo, con el resto de nuestros amigos, y sin los cuales ahora no estaríamos aquí.

Un largo descenso en el emplazamiento del vivac nos pone en forma. Ahora hay que bajar a rápeles hasta coger las cuerdas fijas. Hemos hecho ya una serie de rápeles, y Ernesto va a llegar a las cuerdas. Pero... algo pasa. Ernesto baja muy rápido. Ya no le veo, y sin embargo las cuerdas están muy tensas. ¿Qué ocurrirá? Hora y media después llego junto a Ernesto, después de haber tenido que dar un gran rodeo. Lo encuentro colgado de las cuerdas por el cuello. Está agotado sin fuerzas, gime desesperadamente y cree morir. Le suelto de las cuerdas y le acuesto en una diminuta repisa de 60 cms. de ancho. Se está haciendo tarde y no podemos comunicarnos con los de abajo. Grito, pero es inútil. Los Walki-Talkis están en la tienda del Campo IV, que ha quedado libre, precisamente, para que nosotros pasáramos en ella esta noche. Tendré que llegar lo más rápidamente posible a esa tienda para avisar, pero ahora es muy tarde. ¡Hay que vivaquear!

24 DE AGOSTO. — 4 de la mañana. Los pies me queman. Tengo miedo. He pasado toda la noche protegiendo a Ernesto con mi cuerpo, sin poder protegerme. Ha sido una noche muy intensa. Ahora tengo que bajar. Dejo a Ernesto atado a una clavija. Está mejor. Se puede levantar pero es preferible asegurarse.

5 de la tarde. Iñaki ha sido el primero en llegar a la repisa. Se ha encontrado las cuerdas sueltas y el material de Ernesto, pero éste no estaba. ¿Qué habrá pasado? ¿Dónde estará Ernesto? Noche de incertidumbre. Nadie se atreve a decir nada.

25 DE AGOSTO. — Prismáticos. Dos bultos: Ernesto y su anorak. Todo se ha acabado.

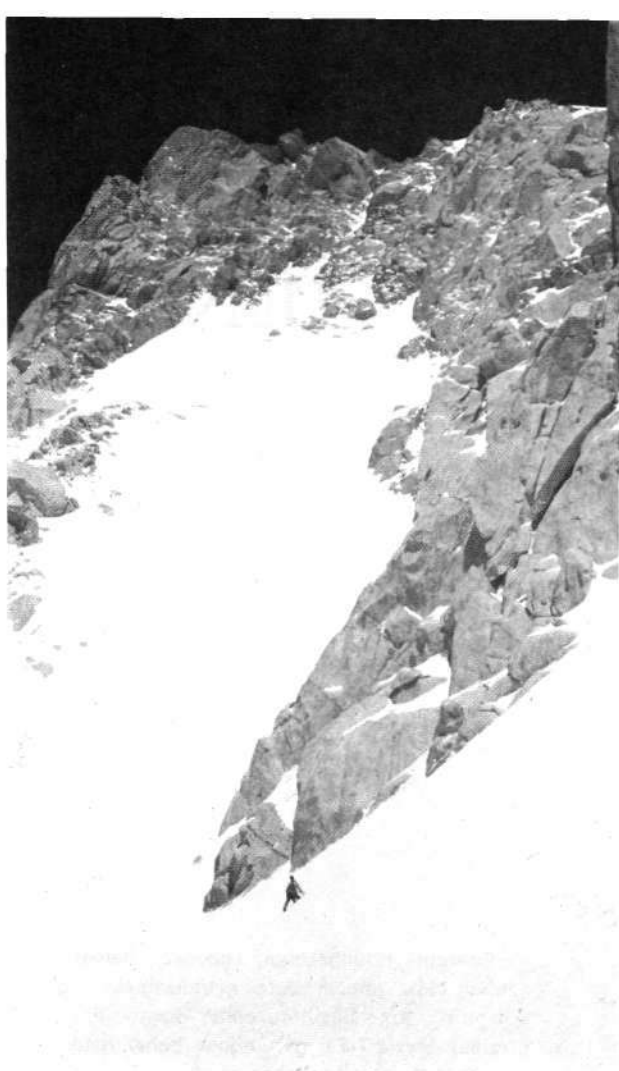
FIN

Datos de interés

COMPONENTES DE LA EXPEDICION

(De izquierda a derecha en la fotografía)

Iñaki Alvarez Mendieta.
Ricardo Alea.
Francisco A. Chávarri.
José Luis Alvarez Mendieta.
Javier Poza (agachado).
Benjamín Mancebo.
Miguel A. Alonso.



Los últimos 500 metros hasta la cumbre.

Mohamed Serwar, oficial de enlace.
Agustín Castells.
Ernesto Fonquernie (†) fallecido en el descenso.

DURACION

Del 3 de julio al 6 de septiembre de 1976.

OBJETIVO ALCANZADO

TIRICH MIR WEST IV, de 7.338 metros, en la cordillera del Hindu Kush (Pakistán). Ha sido la segunda ascensión a esta cumbre, abierta por Dyrenfurth en 1964, y primera vez por la cara SW.

ZER DA MENDIA MENDIZALEENTZAT

RESUMEN

En multitud de ocasiones nos han dirigido a los montañeros preguntas como: Pero... ¿Qué es lo que conseguís en el monte? Cansaros? ¿Si al menos trajerais algo?

Los montañeros a pesar de estas opiniones continuamos igual. Además de contestar a esas preguntas son muchos los quehaceres del montañero.

Defensa de la naturaleza.

Critica de la sociedad actual, por su ambición destructora.

Edozein larunbatetan, gaueko hamarretan, zenbat aldiz entzun dute mendizaleek: «afaldu eta gero juerga bat bota behar diagu». Eta mendizaleak berriz: «Ez, garaiz joan behar nauk ohera, bihar goiz jaiki behar nauk». «Zuek mendizaleok ez zaudete ondo». «Mendira joaten zarete lehar egitea».

«Zer aurreatzen duzue?». «Sikira zeozer ekarriko bazenute». «Ekartzen duzuen da lokatza eta sesio pranko etxerako». «Baina, zer lortzen duzue hor harkaitz gailurretan, akerrak bezala?».

Egun batean okerreña gertatuko ezazue eta halaxe bukatuko dira zuen umekeriak».

Hau dena entzun eta hala eta guztiz mendizaleak bereari jarritzen diote. Juerga egin behar dela eta, askotan baita egin ere, eta ordu pare bat edo batere, lo egin gabe, goizean mendira.

Hemen galdera bat dago garbi eta argi egin beharra: Gizon horientzat mendia gauza haundi bat izan behar du noski, bestela... zer esan?

Zer erantzun emango liokete mendizaleak kaleko jendeari? Hor goien aipatu dituzten esaldi horiek aspaldian eta askotan izan dira erantzak. Baiña, galdera horien erantzunekin bukatzen ahal da mendizaleen eginkizuna edo zer egina?

Mendizaleak ez dute horrela ikusten.

Galdera horiek baztertuaz bi puntu aztertu edo azpimarratu behar ditut:

- 1) Hainbeste aipatzen den naturalen defentsazale amorratuak dira.
- 2) Zer gorroto diote mendizaleek gaur-eguneko gizarte honi?

1.º Naturaren desagintasuna ikusteko, aurretik bizi eta sentittu egin behar da.

Aurrena jakin edo hobe ikusi egin behar lukete eta gero hitz egiten badute benetako minekin egingo dute eta ez materilista aldetik begiraz. Urtero, urtero bide berriak irikitzen dira. Urtero, urtero zuhaitzak eta zuhaitziak botatzen dira eta inork ez dute ikusten hau momentu, hau da bizi bizin. Kaletik bai esan: «Ez dugu ez lorategirik, ez haurrak jostatzeko lekurik, ezer ez». Eta bitartean gauza handiagoak eta ederra-goak, berez sortutakoak, era bat txikitzen. Hau ulertzen da?

Zaila da noski hau ulertzea. Esan bai: «halakoa egin die eta... Ba, baina biderik ez zegoen lehenago autoan joateko eta orain hola hobetogo zegok». Gero esaten dugu ez gerala materiliastak eta zenbait horrelako esaldi teorikoak,